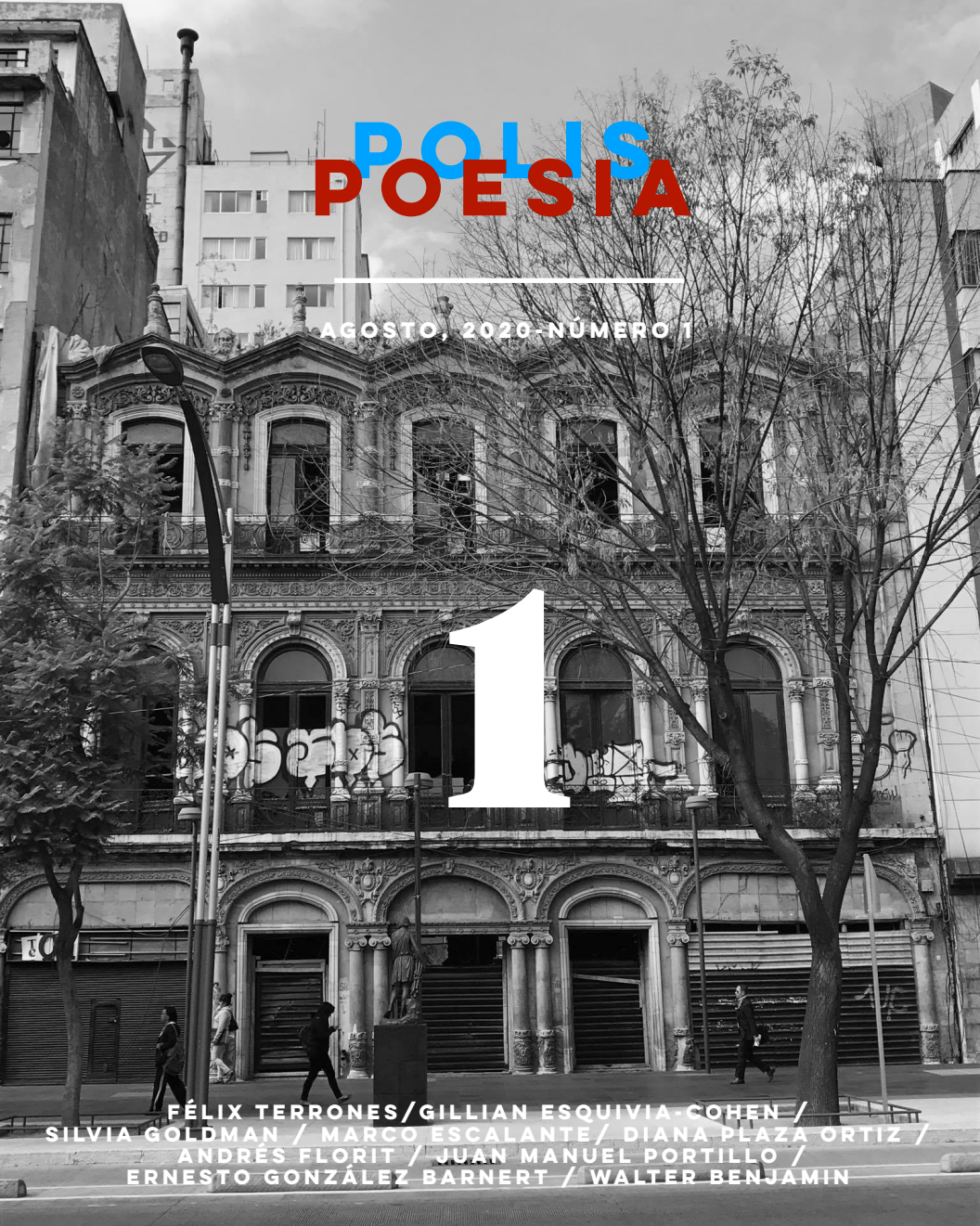


POLIS POESÍA

AGOSTO, 2020-NÚMERO 1

1

FÉLIX TERRONES/GILLIAN ESQUIVIA-COHEN / SILVIA GOLDMAN / MARCO ESCALANTE/ DIANA PLAZA ORTIZ / ANDRÉS FLORIT / JUAN MANUEL PORTILLO / ERNESTO GONZÁLEZ BARNERT / WALTER BENJAMIN

POLIS POESIA

DIRECTOR
Carlos Villacorta

COLABORADORES
Félix Terrones
Silvia Goldman
Marco Escalante
Diana Plaza Ortiz
Gillian Esquivia-Cohen
Andrés Florit
Ernesto González Barnert
Juan Manuel Portillo

DISEÑO
Carlos Villacorta

AGRADECIMIENTOS
Laura Latinski, Luis Fernando Chueca,
Elena Chávez-Goycochea

CONTACTO
polis.poesia@gmail.com

ISSN 2996-5616

Agosto, 2020-Número 1

EDITORIAL

I. CRÓNICAS URBANAS

8 **La ciudad de las rejas** por Gillian Esquivia Cohen
14 **Tours** por Félix Terrones
20 **Ciudades y Ríos** por Marco Escalante.

II. POESIA

26 **Chicago** por Silvia Goldman
28 **Muévete por la vida como un tren de la noche** por Ernesto González Barnert
30. **Me empiezo a parecer a las piedras** por Ernesto González Barnert
32 **Poema** por Andrés Florit

III. POSTCARD

36. **Embajada Mexicana** por Walter Benjamin

IV. CUENTO

40 **Puntos** por Diana Plaza Ortiz

V. ENTREVISTA

46. **Hay una especie de energía propia del lugar que habito** por Juan Manuel Portillo

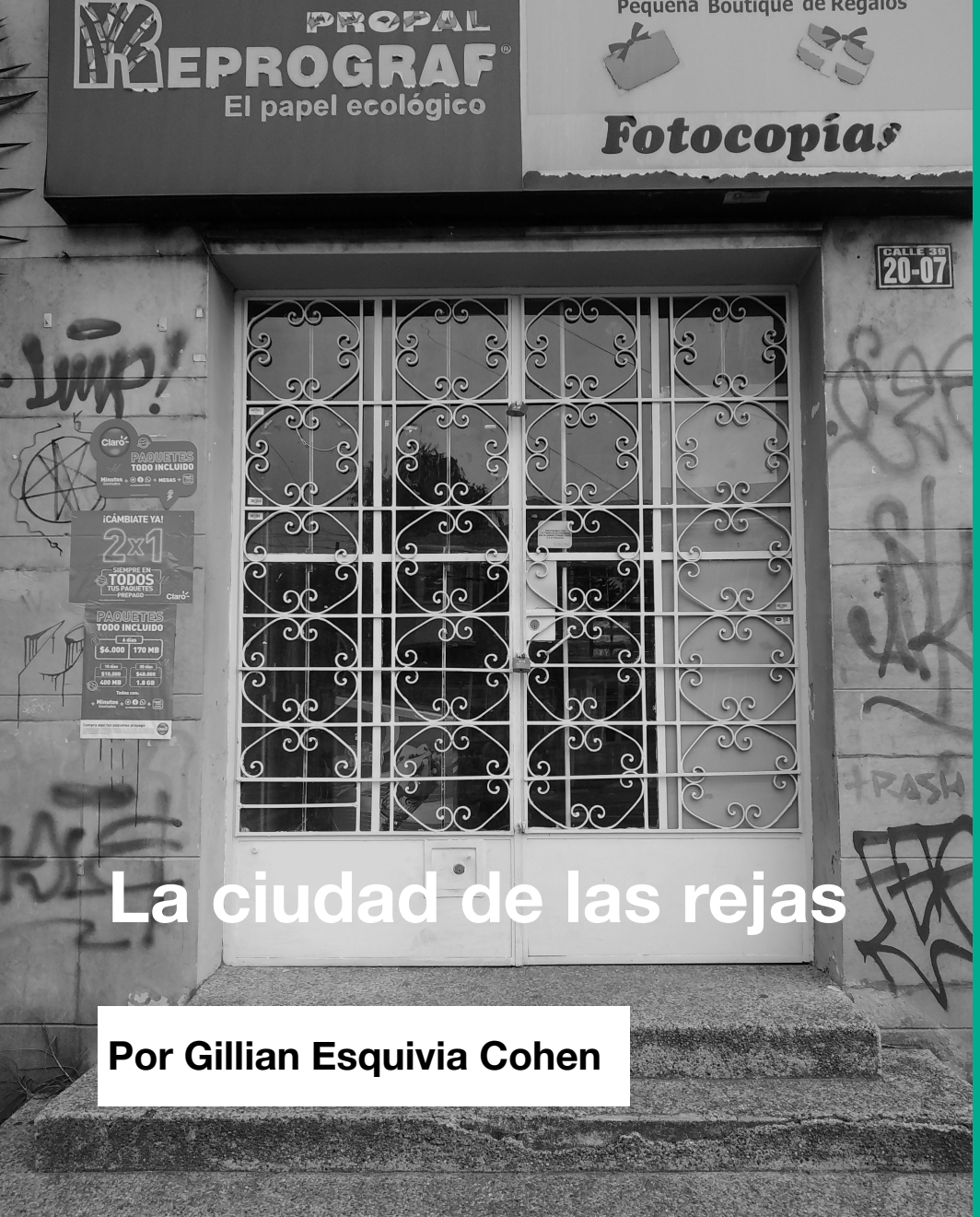
VI. COLABORADORES

Polis Poesía 1

Editorial

Por Carlos Villacorta Gonzáles

Publicar un primer número de una revista es un trabajo arduo, y muchas veces solitario, especialmente en estos tiempos en que la vida se ha detenido casi por completo y resulta aún más complicado retomar la actividad creativa. A pesar de eso, podemos presentarles el primer número de **Polis Poesía**, una revista que busca promover la literatura latinoamericana especialmente la poesía actual y su relación con las ciudades. La escritura de la ciudad es uno de los ámbitos donde más se ha inscrito la poesía contemporánea, desde César Vallejo, Octavio Paz, Cristina Peri Rossi, Olga Orozco, Alejandra Pizarnik hasta nuestros nuevos poetas que buscan retratar los nuevos espacios, y sensibilidades del siglo XXI. Los textos de Félix Terrones, Silvia Goldman, Diana Plaza Ortiz, entre otros, escritos desde distintos puntos del mundo, muestran una vez más que la imaginación, creatividad y solidaridad del ser humano siguen siendo las características que nos ayudarán a superar esta actual crisis.



La ciudad de las rejas

Por Gillian Esquivia Cohen

Mis memorias de Pichilín están teñidas de marrón: color del terreno baldío donde antes estaba la plaza, color de las fachadas carcomidas de caña brava y barro, color de los techos de palma que "deberíamos haber cambiado hace rato". Las pocas familias que quedaron en la vereda después de la ocupación paramilitar, la masacre, los desaparecidos, aún vivían con la inseguridad no de si volvería a pasar, sino cuándo.

En algún momento durante el año y medio entre 2009 y 2010 que viví en Montes de María, zona del conflicto, aprendí a leer la historia de violencia a través de la presencia (o ausencia) de color. Cuando una comunidad se sentía a salvo, o sus pobladores querían comunicar que NO se desplazarían, cuidaban sus casas y los espacios públicos con esmero. En Montes de María, los jardines y la pintura eran banderas de resistencia y de resiliencia, esa belleza tornándose en acto de arraigamiento y una confrontación consciente frente a la violencia.

Aunque se dice que en Bogotá no hemos vivido la guerra de cerca, la cultura no escapa a su influencia. Es una ciudad de cercas eléctricas y de alambres de púas, celadores y soldados con armas de fuego a la vista, perros guardianes, cámaras, muros y rejas. Una ciudad militarizada según dice una amiga activista.

Dentro de esta arquitectura de violencia normalizada, donde cualquier

Bogotá... es una ciudad de cercas eléctricas y de alambres de púas, celadores y soldados con armas de fuego a la vista, perros guardianes, cámaras, muros y rejas.

mujer/persona afro/indígena/cuerpo convertido en "el otro" se ve obligado a pensar en su seguridad a cada instante, ¿dónde se pueden abrir los espacios de resistencia y resiliencia?

Las mismas rejas pueden alojar ese espacio. En mi barrio, uno tradicional del centro de la ciudad, las ventanas y las puertas llevan rejas de hierro. Lejos de sencillas herramientas utilitarias, muchas de ellas son verdaderas artesanías, elaboradas con cariño y esmero. Lucen patrones barrocos o geométricos, art déco o art nouveau, de arabescos o imitaciones a tejidos de los Wayuu y Eperara. Así, la belleza (lo superfluo de un estado militarizado) enfrenta la inseguridad. Afrodita haciéndole frente a Ares.

En su función de crear fronteras, las rejas marcan la diferencia entre lo público y lo privado y así median nuestra relación con las personas afuera, al igual que los muros. Sin embargo, a diferencia de un muro, una reja es una frontera permeable que permite que los de adentro vean a los de afuera, y viceversa. A través de las rejas se establece una co-penetración, una mirada que influye tanto a la persona de afuera como a la que está adentro. Al abrir este espacio intermedio y permitir el ver y el ser visto, las rejas posibilitan una cercanía a través de su umbral.

En estos días de aislamiento obligatorio por el Covid-19, veo que las rejas no son solo físicas sino también sociales. Ahora todas nuestras interacciones con nuestros vecinos—los saludos entre los que andan por el camino sacando a sus perros, las entregas de comidas, de medicamentos por los muchachos de Rappi—se realizan a través de las rejas.

Fotos: Gillian Esquivia Cohen

También hoy en el foro comunitario leí reportes de pandillas de jóvenes andando por el barrio probando las cerraduras de las rejas, verificando cuáles no se cierran bien. Los vecinos comparten números de cerrajeros de confianza: "Hay que tomar precauciones". Y así la paradoja de las rejas, resumida en una publicación de Teusaquillo me importa: las rejas nos separan pero al mismo tiempo nos unen en comunidad.

¿Pero comunidad para quién? El acto de unir a algunas personas en este organismo social siempre representa a la vez un acto de segregar y excluir a otros. En este caso puntal del foro, los excluidos son esos jóvenes que andan "en manada", según dicen. ¿Pero más específicamente quiénes son? Los "extraños", en particular según comentaron en línea: jóvenes del barrio marginalizado de Santa Fe (es decir, muchachos morenos que se visten como reguetoneros) y venezolanos, y quizás también mi pareja, un hombre afro, si sale con su hermano para hacer compras. "Hay que llamar a la policía apenas ves algún extraño en el sector" escribe una mujer.

Las puertas, las ventanas y por lo tanto las rejas son sitios liminales, espacios intermedios donde las normas de lo privado y lo público no se aplican en su totalidad. Lo nota cualquier persona que parada frente a su ventana se siente expuesta, cualquiera que se siente incómoda cuando un extraño le mira desde afuera en el andén. Y cualquier vecino que apenas lee las publicaciones en Teusaquillo me importa cuestiona la seguridad de su propia chapa. Es un espacio ambiguo que complica la división entre los instintos de abrirse y encerrarse, de ser un individuo y de formar parte de un cuerpo social mayor, un espacio inestable, cuyas fronteras siempre están en flujo según las dinámicas del hogar y la coyuntura del barrio y la ciudad. Por eso es un espacio potencializado.

Siendo así, aunque tal vez no fueron diseñados con la intención de confrontar la ideología del estado militarizado de dividir el mundo en nosotros versus aquellos, las rejas están excepcionalmente posicionadas para volverse puntos de resistencia. Quizás, si dura esto del Covid-19 y nos vemos obligados a pasar semanas, hasta meses mirando el mundo por entre las rejas de nuestras ventanas, nos veremos animados a repensar la relación que cultivamos con el resto del barrio y hasta la sociedad, con aquellos que existen al otro lado de nuestras fronteras.

Tours

Por Félix Terrones

Hay ciudades orientadas hacia el futuro, esa multitud de posibles, ese vértigo sin brújula, mientras que hay otras sobre las cuales el pasado extiende su impasible manto. Nada puede sacudirlas de un sueño secular, demasiado enquistado en el corazón de su existencia. Tours —la ciudad donde vivo— es una de ellas. En Tours, el foráneo se orienta bastante rápido: aquí está la Place Plumereau; más lejos la Catedral; hacia el sur, el Jardín des Prébendes; y, si uno camina hacia el este, el cine independiente y una capilla abandonada, similar a un ídolo semienterrado. La ciudad ingresa en el bolsillo de la memoria con prontitud, casi tanta como el primer sorbo de cerveza en una

terraza, o a orillas del rio. Por eso, son frecuentes las conclusiones apresuradas, la certeza de que ya se forma parte del paisaje. Si bien uno puede orientarse bastante rápido, el extranjero nunca dejará de serlo. Al menos no en esta ciudad. Se puede vivir durante quince años en Tours, como yo, pero siempre se será un foráneo en la mirada del panadero, en las conversaciones en un mercado, en el recelo de los vigilantes.

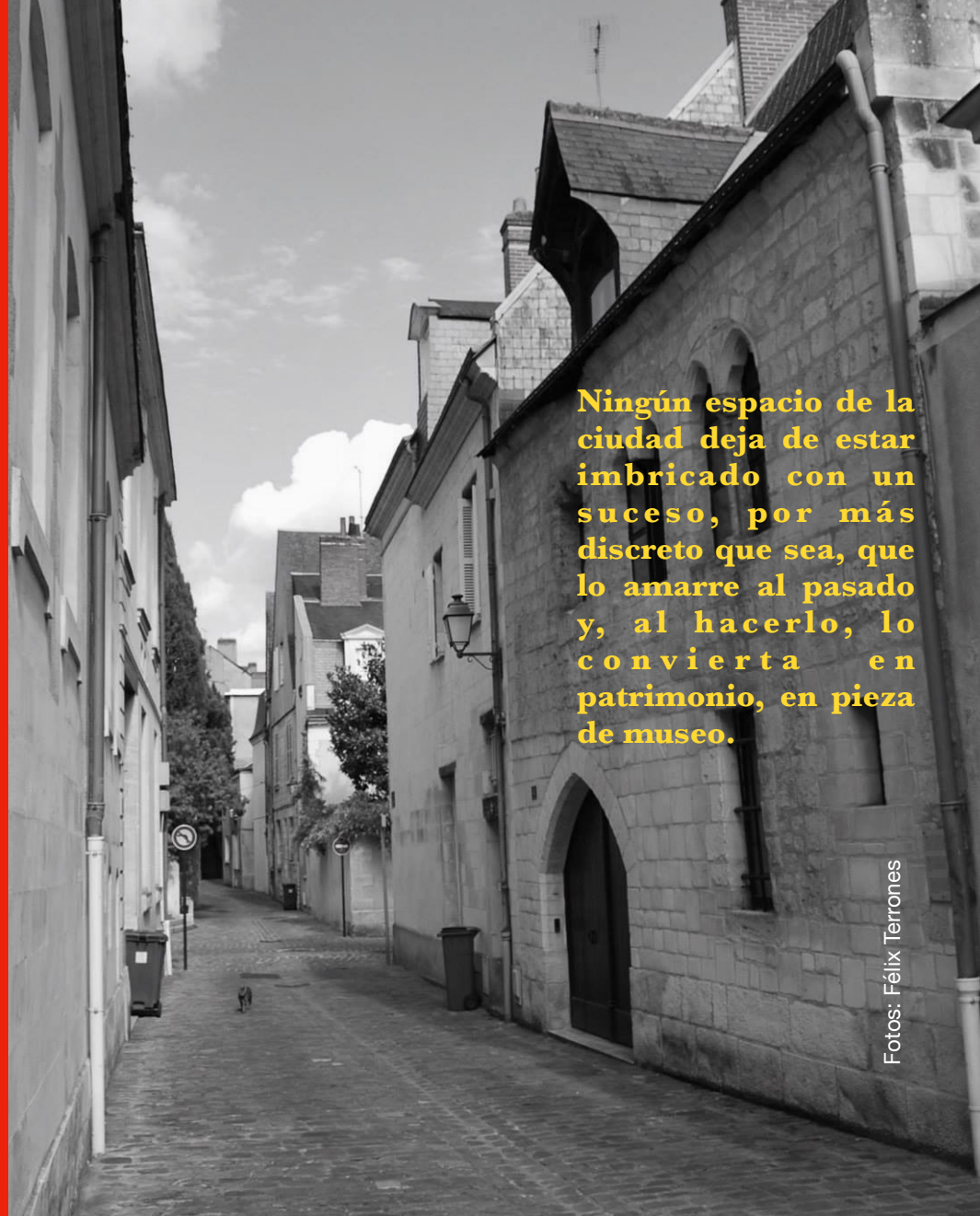
Mi casa está a unos metros del río Loira, cuyo torrente atraviesa la ciudad de este a oeste. Antes de llegar al puente que une los dos lados, hay un inmueble donde Juana de Arco descansó en su camino a Orléans. Una placa lo recuerda, lo mismo que otra, colgada en el muro de la iglesia, evoca a los habitantes del barrio asesinados durante la Segunda Guerra. Durante dicho conflicto bélico el río Loira se convirtió en la frontera entre el país ocupado y el otro, el libre que comenzaba al sur. Cada mañana, me toca atravesar ese rio cargado de piedras, ramas, también palabras y muchos recuerdos. Mientras las aguas se agitan metros abajo, tengo la impresión de que en esta parte de Francia ese exceso de memoria es una forma de saturación que excluye cualquier nuevo evento. Ningún espacio de la ciudad deja de estar imbricado con un suceso, por más discreto que sea, que lo amarre al pasado y, al hacerlo, lo convierta en patrimonio, en pieza de museo.

Felizmente, las aguas resuenan y siguen discurriendo.

Sin embargo, en esta ciudad arisca y entumecida todavía hay lugar para las epifanías. Esos instantes abundan en el relieve de los adoquines, el perfil iluminado de las casas, la luz que ingresa por la mañana, un fulgor amarillento y líquido. También en el olor de humedad que se eleva de la tierra tras cada lluvia torrencial, o el de los tilos que anuncia el inicio de la primavera. De hecho, durante la primavera, cada vez que uno atraviesa el puente, la luz brilla en la espalda de las aguas, mientras las garzas agitan sus alas antes de adquirir altura y perderse en el cielo. Me ha tocado vivir en otras ciudades, pero en ninguna otra he encontrado ese apremio constante a interrogar verdades que aparecen tan pronto como se desvanecen.

Acaso la vida urbana ha excluido los momentos de gracia en los que el individuo parece alcanzar una trascendencia. Son misterios que en esta ciudad se ofrecen sin esperar que alguien los resuelva, signos de un lenguaje desconocido, pero no por eso menos incitante.

Hubo un poeta que pasó el final de su adolescencia en Tours. Vino de su Rumania natal para estudiar medicina. Se quedaría un año antes de regresar a su tierra para pasar las vacaciones al lado de los suyos. El apogeo del nazismo le impediría regresar, inscribirse en el segundo año de estudios, continuar con sus paseos al lado de españoles republicanos, acudir al Jardín des Prébendes para leer, también atravesar el puente, como lo habría de hacer en otra ciudad, frente a otro río. Muchos años después, Paul Antschel ya sería Paul Celan, habría de vivir en París y, en un momento de lúcida desesperación, se arrojaría a las aguas del Sena. ¿Qué queda de su paso por Tours más allá de un poema de juventud? Abajo, en las orillas del Loira, un niño dibuja o escribe con una rama sobre la arena, antes de que las aguas acudan y borren otra vez. Es el tiempo detenido que se extravía con el crepúsculo; otra forma de sacudir la quietud, una palabra disuelta, un pálpito que, por fin, ineluctablemente, se ha puesto en marcha.



Ningún espacio de la ciudad deja de estar imbricado con un suceso, por más discreto que sea, que lo amarre al pasado y, al hacerlo, lo convierta en patrimonio, en pieza de museo.

Fotos: Félix Terrones

CIUDADES Y RIOS

Marco Escalante

Las ciudades también pueden definir su naturaleza por la relación que establecen con sus ríos. Las hay que se enamoran de ellos, entregando a sus orillas caminos curvos, sumisos, y encadenando con discretos puentes los flancos que separa el agua. Ambas costas confiesan su incesante amor al río cuando se rinden de manera incondicional a sus caprichos y sucumben a sus períodos de cólera o agradecen los de paz y suspenso. A estas ciudades en realidad no les interesa tanto el aspecto del río, sino más bien que el río se vea satisfecho con la plasticidad de la ciudad que lo acoge. El río, sin embargo, es un amante voluble y cruel, y la ciudad que cede a sus demandas ofrece, por lo general, un paisaje lánguido, apacible y enfermizo. Y aunque el diagnóstico es simple –la enfermedad: el amor–, no lo es tanto el proceso por el cual la ciudad se defiende del abuso.

Aunque la historia le ha enseñado a contener los embates de un amante vicioso, la ciudad no ha aprendido las lecciones: se entrega al torrente de las aguas turbias, se abandona a la locura como una amante cautiva. Su fragilidad y delicadeza le ha hecho comprender que el río se vuelve añejo, que los lustros van mermando su carácter bronco, que tarde o temprano, ya cansado, comprenderá que aunque huya libre hacia el mar, está por una eternidad casado.

Otras ciudades, en cambio, aunque su apariencia no delate demasiados conflictos con el río, han sabido imponer sus estatutos para dominar la relación que geográficamente tienen con el mismo. En estas ciudades el río vale por su utilidad: en sus zonas centrales lo decoran para los turistas, en las zonas alejadas lo convierten en sumidero industrial, en los extramuros lo olvidan. Es decir, el río puede ser ornamento o basurero, según mejor le convenga a la ciudad que lo aprisiona. No en vano el paisaje que rodea al río, visto desde las alturas, parece un gigantesco enrejado de calles que se intersecan perpendicularmente y cuya forma rígida e inflexible tiene la apariencia de un soporte horizontal que evita que el río cambie su curso. Esta ciudad aplica con el río el látigo, así lo ha domesticado. A la épica del caudal impetuoso le sustituye entonces la lírica del desencanto. El río quiere

enamorar a la ciudad, pero la ciudad desdeñosa lo rechaza. El río entonces retorna afligido a su cauce, como el amante despreciado que no quiere vivir y teme al mismo tiempo matarse.

¿Qué podría aminorar, en el caso de las primeras ciudades, el desgaste que produce el ejercicio amatorio? ¿Qué podría liberar, en el caso de las otras, a un río existencialmente escindido? Probablemente nada. Acaso la geografía de un lugar y el espíritu de sus gentes tengan una relación mucho más estrecha que la atribuida incluso por los hombres de otros siglos. Y sea de este modo que a una ciudad a la que por suerte la atraviese un río bravo, le toque deleitarse en la completitud del afecto amoroso; mientras que a otra, dividida por un río débil, le toque el infortunio doble de eludir el sufrimiento, de mandar a su pesar a ese animal tranquilo que quisiera hosco e intratable.

— De *Residuos*

Poesía

Chicago
por Silvia Goldman

Muévete por la vida como un tren de la noche
Me empiezo a parecer a las piedras
por Ernesto González Barnert

Poema
por Andrés Florit

CHICAGO

Silvia Goldman

a Chicago le cuento los pies como al insomnio
tiene trescientos desde el asiento del vagón
/ a mi casa
a trescientos pies del asiento del vagón que va
/ a mi casa
coincide el comienzo del insomnio con el
/comienzo de Chicago

por supuesto comienza la noche también

en la noche el cuerpo se pone hijo y se levanta
luego levanta la noche
una pierna domina el aire
la otra no
la pierna que no deja pelos en las sábanas
así domina algo

entonces recoge todos los pelos de su rebaño
los pone boca arriba y les inyecta
inmunidad

Chicago mira la pierna que sube y la pierna que baja

en la cima del insomnio
no se pueden contar bien la cantidad de dedos
que hay en los pies
hay también descorteses cruces en el medio
que producen un piso tirado de cuerpos
que a la vez tiran a Chicago

mi pierna dominada va y se levanta
se tira en Chicago

debido a los tiros recibidos la otra no se levanta

por el ojo de una conversación se hacen preguntas
que son cruces delante de los pies

el frío no se cruza ni se duerme.

–Inédito

Ernesto González Barnert

MUÉVETE EN LA VIDA COMO UN TREN EN
/ LA NOCHE
aunque trabajes con los caballos cansados de Sergio
/Leone
en la industria más triste del espectáculo
y tengas un desastre de vida
entre personajes secundarios, sueños y flashback
mezclados con vodka tónica o piscola,
según las ganas.

Un tren al que pusimos moneditas en los rieles
no sin experimentar
una melancolía de fondo,
el desasosiego de verlas perder su cara
o sello.

Un tren sin pasajeros, de carga
avanzando a toda máquina en la neblina
o bajo la lluvia de la Araucanía
atochado con madera dura de Temuco
como diría Neruda
ahora que quiero gritar en un sueño

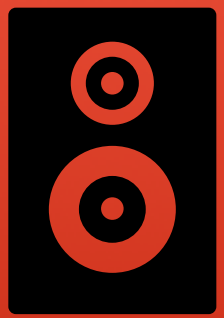
pero no puedo
y es tarde para llegar a alguna parte
o frenar de improviso.

Nadie quiere salir lastimado del amor.
Herí de muerte lo que más amo.
Es una estupidez parar la oreja
cuando eres el maquinista
y sueñas con pequeños camiones llenos de cerdos
que quedan atorados
o chicas que no alcanzan a ser rescatadas
en la vía férrea.

Muévete en la vida como un tren en la noche
en un país de camioneros y mosquitos en la hiedra.
Muévete en la vida como un tren en la noche
aunque alrededor de la vía férrea crezcan flores suicidas
como decía Ramón Gómez de la Serna.

ME EMPIEZO A PARECER A LAS PIEDRAS
que no me gustan, nadie recoge.
Esas toscas que solo sirven para afinar puntería
contra una docena de tarros en un eriazo
o defenderse torpe de un ejército.
Chile es un país en el que todos se agachan
para recoger cualquier cosa que brille,
tenga valor o no.
Así retrocedemos creyendo avanzar
a todo destino y asentamiento.
Sí, una de esas piedras grises que a nadie le importan
bajo la lluvia o calientes al sol
en este paisaje cercado por alambre de púa
de camino al matadero.

—Del libro inédito *Venado tuerto*



Andrés Florit

Espero la micro pero la dejo pasar. Es domingo en la tarde, hay poca gente en las calles, estoy absorto en cosas mínimas y disfruto de la maravillosa lentitud del día.

*

Me gusta la hora en que se encienden las luces y aún no es de noche. Las de los autos me hipnotizan como al conejo el foco de su cazador.

*

Mi viejo a mi vieja: "Usted quería guindas, niñita, pero ya no quedan guindas. Se las comieron los zorzales".

*

Quiltro café claro:
quién como tú durmiendo a pleno sol
a la entrada de un bazar sin clientes.

*

Todo se mueve: los autos, las palomas, las ramas de los plátanos, la gente. El perro que estaba echado al revés junto al almacén, con un pequeño charco rojo debajo, no.

*

El inconfundible sonido del camión de basura a una cuadra de aquí. Se lleva todo lo que botamos por separado. Ahí, vecinos, somos uno.

*

Camino de vuelta sin apuro.
Por suerte nadie me espera.
El perro que mueve la cola y me sigue
sabe que no se quedará conmigo.

—De *Materias de libre competencia y regulación* (2011)

Postcard

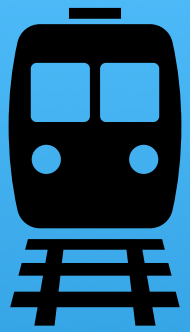
Embajada Mexicana

por Walter Benjamin

Je ne passe jamais devant un fétiche de bois, un Bouddha doré, une idole mexicaine sans me diré: C'est peut-etre le vrai dieu.
Charles Baudelaire

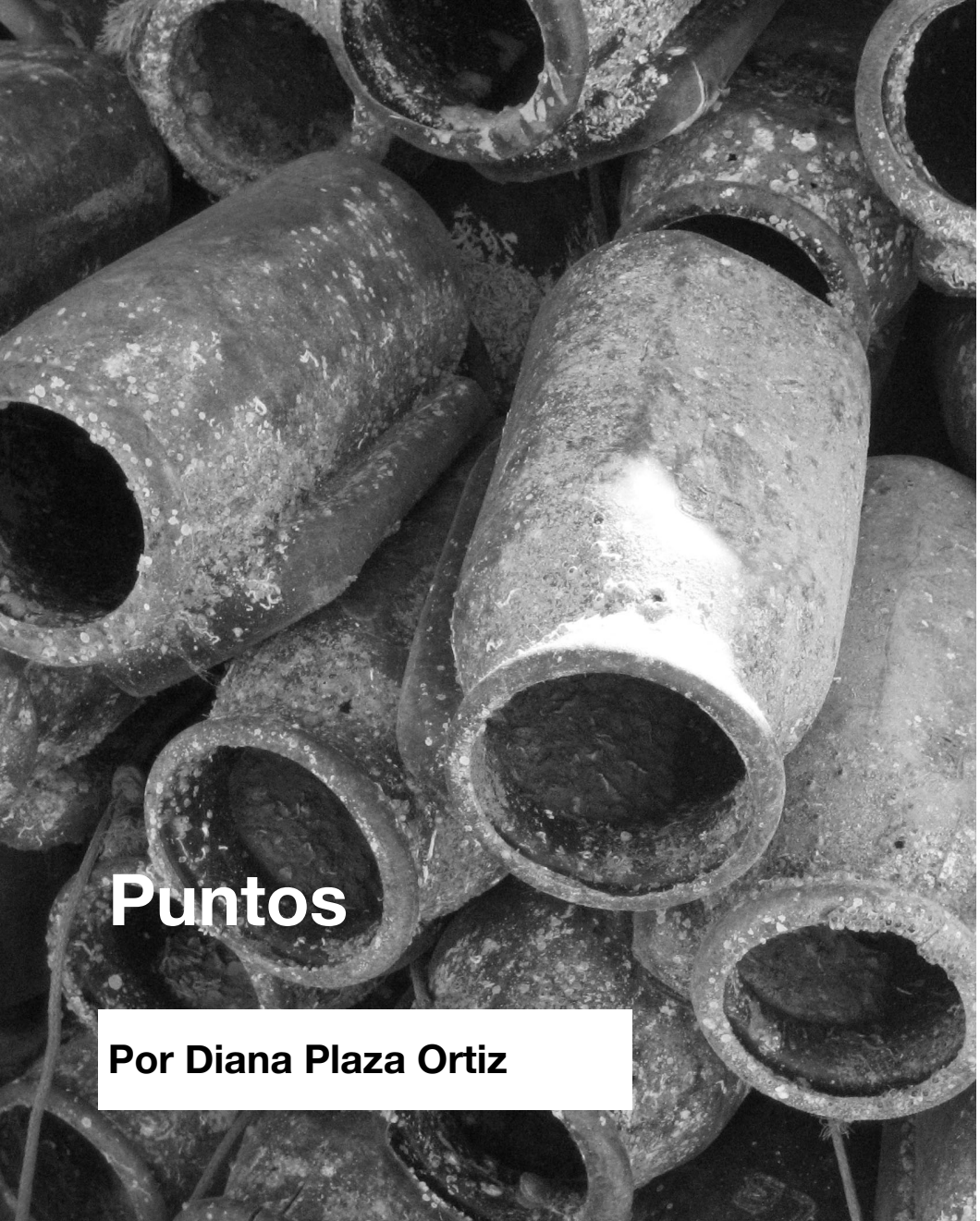
Soñé que estaba en Méjico, participando en una expedición científica. Después de atravesar una selva virgen de árboles muy altos, desembocamos en un sistema de cuevas excavado al pie de una montaña, donde, desde la época de los primeros misioneros, se había mantenido una orden cuyos hermanos proseguían su labor de conversión entre los indígenas. En una inmensa gruta central, rematada por una bóveda gótica, se estaba celebrando un oficio divino según un rito antiquísimo. Al acercarnos, pudimos presenciar su momento culminante: un sacerdote elevaba un fetiche mejicano ante un busto de madera de Dios Padre, colocado muy alto, en una de las paredes de la gruta. En ese instante, la cabeza del dios se movió negando tres veces de derecha a izquierda.

Cuento



Puntos

por
Diana Plaza Ortiz



Puntos

Por Diana Plaza Ortiz

Siempre hay gente caminando por el puente sobre las vías del tren. Desde la barandilla se oye el galope metálico de los vagones cargados dejando los andenes. El tráfico extenúa el asfalto gastado en ambas direcciones. Día y noche, personas y vehículos se afanan en cruzarlo de un extremo a otro. Se esquivan, se sortean, a veces colisionan.

Un grupo de tres hombres vestidos en tonos oscuros deja atrás el puesto de kebabs que se encuentra a la mitad del puente. Andan deprisa. Uno de ellos es bastante bajo y lleva en la mano un vaso cerrado de esos de café para llevar. Lo sujeta firme con el pulgar sobre la tapa, derecho, separado del cuerpo un tanto. Debe dar unos pasos más que sus acompañantes para seguir el ritmo. Camina concentrado y con la cabeza levantada, intentando seguir la conversación que sucede a la altura de los otros dos.

Desde el otro lado del puente avanza un chico rubio, con gafas. Lleva una gorra con visera y unos auriculares anchos sobre la cabeza. Se desliza ligero, como salvando obstáculos entre los peatones abstraídos.

El puente sobre las vías del tren podría llenarse de infinitos puntos, si cada punto representase un cruce de personas en un instante. Encontraríamos incluso puntos sobre puntos. Puede que en algunos tramos obtuviéramos montañas de unos sobre otros, un relieve formado por encuentros que quizás ni la estructura de un puente como este pudiera soportar.

Es uno de esos puntos donde se cruzan el grupo de tres hombres y el chico rubio con visera. Los dos hombres más altos han sorteado al chico; pero el hombre pequeño, atento a la velocidad, a la conversación y al vaso, no le ha visto y de repente chocan. Lo hacen de lado y la inercia del golpe les hace caminar desviados algunos pasos más en el mismo sentido que llevaban, antes de que el bajito reaccione enfadado y se dé media vuelta.

Una mano como un gancho en su hombro, hace que el chico gire sobre sí mismo. Mira confundido al hombre menudo que, rabioso, le abronca en un idioma que parece no entender, al tiempo que señala un vaso de papel que porta en la otra mano.

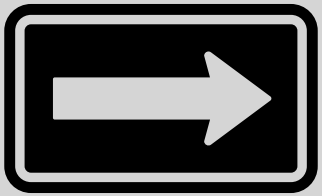
Se distingue algo de líquido, apenas un cerco oscuro alrededor de la abertura de la tapa. Ambos comienzan a gritarse en idiomas distintos. La bronca ha interrumpido la corriente de gente que quiere cruzar. Los transeúntes esperan callados y pacientes, como si algo así formase parte de la rutina de cruzar ese puente cada día. Aquellos con vasos en las manos beben su contenido mientras aguardan. Algunos se asoman sobre la barandilla como si calculasen la llegada de los próximos trenes. El color gris del cielo se proyecta en sus caras, que pasan a ser grises en la espera.

Cuando los gritos dejan de hacer su efecto, la disputa pasa a lo físico. El hombre achaparrado empuja con la mano libre al chico, que reacciona violento. Ambos se desafían dilatando los cuerpos, el pecho contra el otro. El chico sujeta por un brazo al hombre, que aún no ha soltado el vaso, y el hombre muerde al chico porque sólo le queda la boca libre. Ambos empiezan a girar agarrados, como si uno intentase escapar del otro al mismo tiempo que consigue atraparle. Entonces, en una vuelta enérgica el chico se suelta y la fuerza centrífuga lanza al hombre bajito hacia el asfalto, en el mismo momento en que pasa un camión revestido con el logo de una cadena de supermercados. El bocinazo rompe el estupor del puente y las caras grises despiertan para ver un vaso de papel sin tapa y vacío sobre el asfalto, tirado junto a la mano inmóvil de un hombre diminuto que asoma bajo el chasis. Se forma un remolino, una pequeña mancha

aglomerada que ondula levemente el imparable curso.

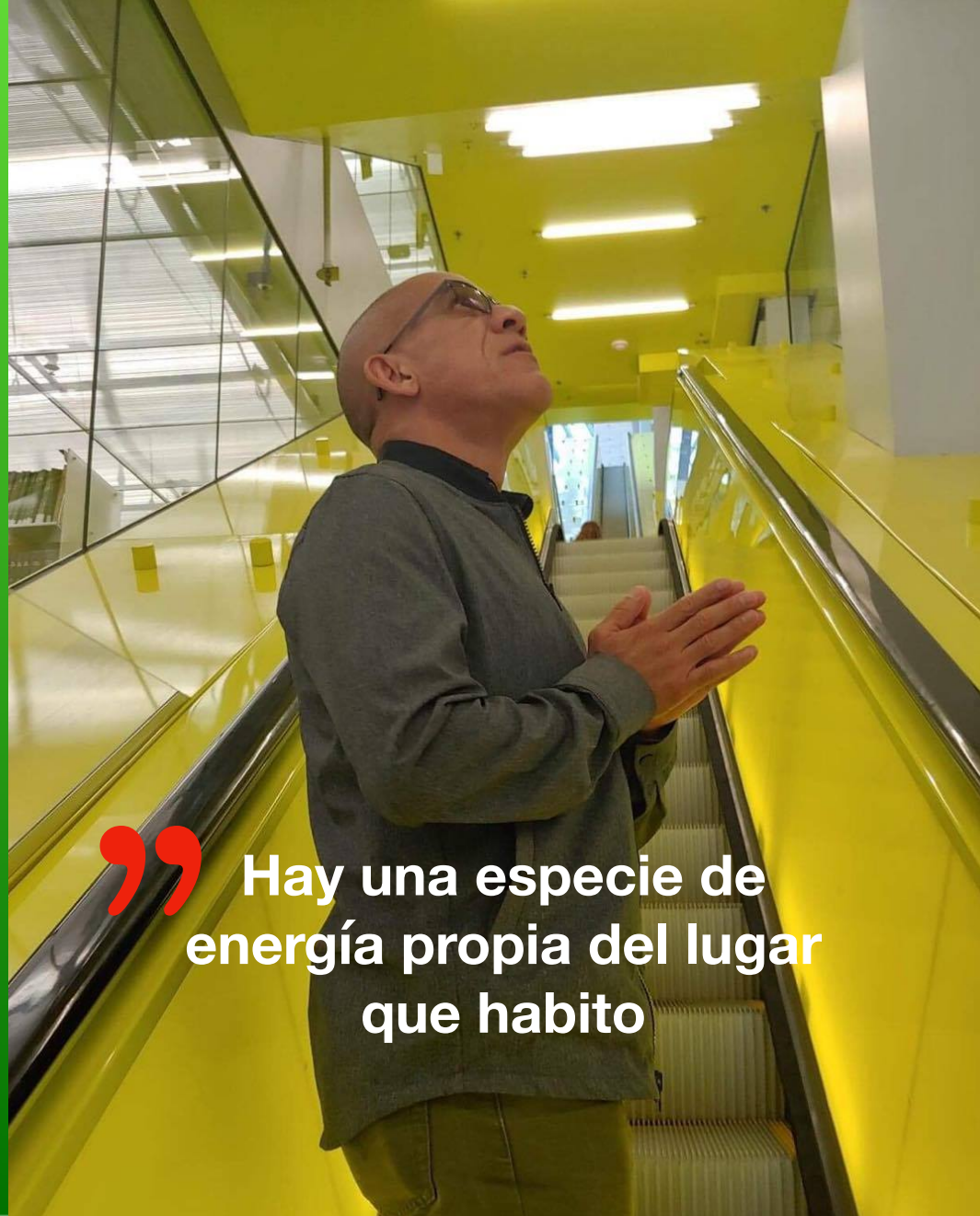
Nuevos transeúntes han llegado al comienzo del puente para cruzarlo. En el extremo opuesto, un barrendero se ocupa en recoger los desperdicios caídos en la acera. Los amontona junto al bordillo antes de que el incesante discurrir de los puntos los entierre, implacable, en el subsuelo.

Fotos: Diana Plaza Ortiz



Entrevista a Juan Manuel Portillo

El poeta mexicano, quien presenta este mes de agosto su nuevo libro *Vigilia (2020)*, se detiene un momento para darnos cinco breves respuestas sobre la poesía, el lenguaje y la ciudad



> Hay una especie de energía propia del lugar que habito

Polis: ¿Es el espacio urbano decisivo para escribir poesía? ¿Lo ha sido en tu caso?

No me parece más decisivo que otros espacios -el campo, el mar. Hay poetas, eso sí, que me resultan impensables sin la experiencia de la ciudad. Catulo o el Dante de *La vida nueva*. Y claro, la ciudad moderna de Baudelaire, de Eliot, de Apollinaire, por citar solo a algunos imprescindibles. En mi caso no ha sido determinante, aunque debo agregar que hay una serie de poemas que vengo escribiendo desde hace algunos años que sí está específicamente concebida y situada en un espacio urbano, específicamente el de mi región natal: la frontera Juárez-El Paso.

Polis: ¿Qué otros lugares han ayudado para tu praxis poética?

De algunos años a la fecha me es ineludible escribir *in-situ*. No porque quiera retratar el lugar, o dar testimonio, pero hay una especie de energía propia del lugar que habito que es para mí como la prueba de autenticidad o

verdad del poema. No lo puedo probar ni es racional, lo sé, pero me tranquiliza ante mí mismo. Viví tres años en Maine, por ejemplo, y ahí concebí un librito que va sobre la nieve y el frío. Son poemas que no pude haber escrito de no ser por esos años en ese extremo del noreste estadounidense. Otro ejemplo: llevo cuatro años viviendo en Geneva, Nueva York, una pequeña ciudad situada al lado de un lago -un ciclo que está por terminar, por cierto. Aquí escribí la mayor parte de un libro que acabé el año pasado. De nuevo, aunque el libro no se propone "retratar" este lugar -ni ningún otro- inevitablemente sus imágenes, procesos, modo de percepción, están en gran medida, aunque no exclusivamente, relacionados con la región.

Polis: ¿Es la poesía experiencia, lenguaje o experiencia del lenguaje?

Me parece que ese es un dilema que sirve para ubicar ciertos debates a partir de las vanguardias del siglo pasado, pero considero que es un falso dilema. En tanto creación humana, no hay poesía sin experiencia y, por supuesto, el lenguaje ocupa un lugar central. Me gusta pensar en el poema como una especie de triada compuesta

por lenguaje-sujeto-mundo. Cuando un poema se logra, esos tres elementos emergen de una manera nueva también. El mundo que aparece en un poema no existía previa ni independientemente de él; lo mismo ocurre con la subjetividad -que puede asumir una multiplicidad de formas, individuales y colectivas- cuya agencia produce el poema y con el lenguaje en el que se cifra. Es quizá la maravilla de la poesía -y del arte-, que es impredecible pero, una vez que aparece, se nos muestra como necesaria.

Polis: ¿Qué poetas andas leyendo ahora?

En español, el mexicano Hugo García-Manríquez. Su libro más reciente, *Lo común*, me parece que tiene resonancias de largo alcance para lo que se entiende como poético. La manera en que articula archivos y documentos de diferentes órdenes la encuentro sin paralelo. Y hago énfasis en la articulación porque es lo que lo distingue de ser un mero inventario o listado. Naturalmente, trato de estar al día con lo que se publica pero es abrumador. Me encuentro con muchos momentos, poemas y libros deslumbrantes. Mencionaré dos recientes: *La marcha hacia ninguna parte*, de Tania Favela y *Copia*, un libro del que solo se han publicado

fragmentos, de Dolores Dorantes. El libro de Dolores, como el de Hugo García-Manríquez, me parece que estira el campo de lo que se entiende por poético. El de Tania me interesa, además, por la manera en que explora, en palabras de Eduardo Milán, "la dimensión de la escucha". Sé que es un lugar común pero releo mucho. Casi siempre encuentro algo nuevo en Celan. Leo también con mucho interés para traducir. Desde hace algunos años a Keith Waldrop, a Geoffrey Hill, a John Taggart, y recientemente a Andrea Rexilius.

Polis: ¿Con qué poetas te gustaría tener una velada poética?

Hermann Broch, Guillaume de Machaut. No sé sí me gustaría una velada con poetas; me parece demasiado endogámico. Me interesa más, como en el caso de los dos ya mencionados -un novelista y un compositor que además escribieron poesía- el cruce con otras disciplinas. Una velada poética ideal sería con compositores. Hablar de lo que han hecho Berio, Boulez o Kurtag, por ejemplo, con textos poéticos. Volviendo a los poetas, quienes más me interesan me intimidarían, ¿qué podría yo conversar con Lucrecio, con Sor Juana, con Dante?

Colaboradores

Walter Benjamin

(Berlin, 1892) Filósofo, crítico literario, traductor y ensayista alemán. No necesita mayor presentación.

Marco Escalante

Nació en Abancay, Perú, en 1968. Es autor de la colección de ensayos "Malabarismos del tedio" (Siete Vientos, 2013). Ha publicado artículos sobre cine y literatura en las revistas Contratiempo y Plenamar. Radica en Estados Unidos desde 1991.

Colaboradores

Gillian Esquivia Cohen

(Providence, 1984) Escritora y traductora y cursa la maestría en escritura creativa en el Institute of American Indian Arts. Sus textos han aparecido o están por salir en *Crossing Class: The Invisible Wall*, Necessary Fiction, Split Lip Magazine, y shape/shift. Actualmente trabaja en su novela *What Snow Is Like*.

Andrés Florit

(1982) Poeta, periodista y editor. Autor de *Materias de libre competencia y regulación* (Das Kapital, 2011), *Poco me importa* (Autoedición, 2009), y *Juan Florit, Caudillo de los veleros. Vida, poesía y prosa* (Cuarto Propio, 2006). En 2015, fundó la prensa independiente Overol, que gestiona junto con Daniela Escobar y Mario Verdugo, publicando, obras inéditas de Enrique Lihn.

Colaboradores

Silvia Goldman

Poeta, docente e investigadora de la Universidad de DePaul (Chicago). Ha publicado los poemarios *Cinco movimientos del llanto*, *De los peces la sed* y una selección de los poemas titulada *No-one Rises Indifferent to Sorrow* traducida al inglés por Charlotte Whittle. Actualmente, es miembro del consejo editorial de la revista Contratiempo.

Ernesto González Barnert

(Temuco, 1978). Ha obtenido por su obra poética el Premio Pablo Neruda de Poesía Joven 2018, Premio Consejo Nacional del Libro a Mejor Obra Inédita 2014, Premio Nacional Eduardo Anguita 2009. Sus últimos libros son *Éramos estrellas, éramos música, éramos tiempo* (Chile, 2018), la reedición de *Playlist* en EEUU (Floricanto Press, 2019), la antología *Ningún hombre es una isla* (BuenosAiresPoetry, 2019) y *Cinco mamuts en fila* (2020).

Colaboradores

Diana Plaza Ortiz

(Madrid, España). Escritora, arquitecta, y apasionada de la fotografía. Cuenta historias, y se sirve de la palabra y la imagen para conseguirlo. Sus textos han sido publicados en la revista Madera y en diferentes fanzines. Ha participado del festival de artistas iberoamericanas “Fieber Festival”. Su trabajo más reciente es el proyecto literario **fracturatransversal.com**. Reside en Berlín desde el 2012.

Colaboradores

Juan Manuel Portillo

(Cd. Juárez, 1967) Ha publicado *passwords* (2011) y Bla (2015). Autor de *Deadline*, instalación y performance (Maine 2016) y pieza sonora de Emilio Hinojosa Carrión y Jorge Solís Arenazas (2018) (http://vanosonoro.com/deadline/). Poemas y traducciones suyas aparecen en *Ciudad negra. Antología de poetas de Ciudad Juárez 1980-2013* (Bonobos, México 2018) y en publicaciones periódicas tales como Mandorla, Mula blanca, Plan b, Periódico de Poesía, Tierra adentro, Tragaluz, Oráculo, El poeta y su trabajo, Anuario de poesía mexicana y Aufgabe, Journal of Poetry. Es Doctor en letras por la Universidad de California y profesor en Hollins University.

Colaboradores

Félix Terrones

(1980). Ha publicado las novelas El silencio de la memoria (2008) y Ríos de ceniza (2015). También es autor de los libros de relatos *A media luz* (2008) y *El viento en tu cara* (2014). En coautoría, con Luis Hernán Castañeda y Paul Baudry, ha publicado *Cuadernos de Obrajillo* (2019). Su libro más reciente es el ensayo *Un sueño hecho ficción* (2019). Doctor en estudios hispanoamericanos por la Université Michel de Montaigne – Bordeaux III (Francia) donde se graduó con una tesis dedicada a los prostíbulos en la novela latinoamericana. Editor y antologador de la obra de Sebastián Salazar Bondy para la Biblioteca Ayacucho de Venezuela.

En las ciudades la vida es más pequeña
que aquí, en mi casa, en lo alto de este otero.
En la ciudad las grandes casas cierran la
vista con llave,
esconden el horizonte, empujan nuestro
mirar lejos del cielo,
y nos vuelven pequeños, pues nos quitan lo
que nuestros ojos pueden darnos,
y nos vuelven pobres,
porque ver es nuestra única riqueza

Fernando Pessoa